



El odiador constituye, me parece, una figura prototípica del lado malo de la cultura de estos días

Dice un amigo que es *fobófobo*. Yo también. No es que odie tanto odio, es que me aburre y me alarma a partes iguales. Me refiero, por supuesto, a las fobias culturales. Contra las otras fobias no tengo nada: suelen venir de serie, con el bicho, y poco se puede hacer. Pienso, por ejemplo, en el tormento de la agorafobia, que puede encoger la existencia casi tanto como su contraria, la claustrofobia, o como el pánico a volar que confina a los límites viajeros del coche o del tren. Recuerdo un paseo por Roma con un profesorazo importante que se cambiaba de acera si veía venir un perro. No se paraba a considerar el tamaño del animal o la peligrosidad de su raza y, ya desde el otro lado de la calzada, seguía al can hasta que lo perdía de vista, siempre con dignidad y sin volver la cabeza, pero hasta donde alcanzaba con el rabillo del ojo. Comprendo que uno no es dueño de sus fobias y ya está. Pero fomentarlas o inventarlas...

Las fobias estrechan la mente o el corazón. A menudo achican ambos, imponen barricadas y fronteras que llegan a asfixiar. El odio a las mujeres que padecen algunos, o su contrario, descartan con una sola tachadura a media humanidad. En sentido estricto. Supongo que a veces esa fobia tendrá origen morboso en cualquier sentido de la palabra, o en una mala experiencia vital. Pero desde hace años tiende a comparecer como algo inducido. **Siempre se nos ha dado bien odiar y generar odio, porque es fácil y reconfortante**, como la maledicencia,

sobre todo cuando nos vemos superados por los logros ajenos. Una cosa muy de quinceañeros, de personas que están aprendiendo a navegar la vida. Quizá la expresión que más repite Holden Caulfield, el adolescente protagonista de [El guardián entre el centeno](#), sea «Lo que más odio...», siendo lo que más odia algo distinto en cada página.

Una periodista me confesó que tenía muchos *haters* (odiadores en inglés). Lo decía con pena y orgullo a la vez, porque a quien tiene *haters* jamás le faltan lectores. **El odiador constituye, me parece, una figura prototípica del lado malo de la cultura de estos días.** Desconozco posibles antecedentes históricos. Quizá no los haya, porque hablamos de un animal que se mueve en las redes sociales y huye del diálogo y del razonamiento. Vive para atacar mediante el insulto y el acoso. El odiador profesional machaca a los demás por envidia –es decir, por pequeñez– o [porque votan al contrario](#) o porque ven mal lo que él ve bien o porque razonan y él no razona: se limita a asignar etiquetas terminadas en *-fobo*, amparado casi siempre en el anonimato o en la presencia meramente virtual.

Repetía mucho **san Juan Pablo II** aquello de que la verdad se propone, no se impone. La cultura *hater* consiste en lo opuesto. **Puedes decir lo que quieras, claro, pero atente a las consecuencias** (esto me lo trasladó alguien así, literalmente): los odiadores buscarán que pierdas el trabajo, que tus libros no se lean, que tus amigos y conocidos empiecen a mirarte con sospecha o con miedo a que los asimilen a ti y teman convertirse también ellos en piezas de caza.

El de *hater* es un oficio muy fácil, lástima que no sirva más que para generar odio y enfrentar. Eso lo consigue cualquiera, como se puede comprobar en nuestras sociedades polarizadas. En cambio, crear vínculos solidarios, integrar, ayudar a que la gente se entienda y se comprenda es tarea de gigantes y de héroes, de gente que sabe querer.

Paco Sánchez en nuestrotiempo.unav.edu/es